

LA LIDIA



2ª EPOCA
ARTE · LITERATURA · SPORT
ADMON ARENAL 27. LITOGA

NÚMERO CORRIENTE
20 CÉNTIMOS

LA LIDIA

NÚMERO ATRASADO
30 CÉNTIMOS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID..... Trimestre 2'50 Pts.
PROVINCIAS Y PORTUGAL " 3 "
EXTRANJERO..... Año..... 15 "

SE PUBLICA LOS DOMINGOS
EDITOR PROPIETARIO
JULIÁN PALACIOS
ARENAL, 27, LITOGRAFÍA.—MADRID

PRECIO PARA LA VENTA
Mano de 25 ejemplares.. 3'75 Ptas.
El pago de los paquetes lo verificarán por adelantado los corresponsales que no tengan referencias en la Administración.

Ningún anuncio reúne circunstancias tan favorables para el comercio y la industria, como aquel que se publica en periódicos ilustrados de reconocido crédito, puesto que á la gran circulación del número, ha de agregarse la permanencia por largo período de tiempo, ya que, por regla general, todos los lectores coleccionan por años esta clase de publicaciones.

LA LIDIA, reconociendo esto y contándose en el número de las Revistas que con más favor ha acogido el público, ofrece con grandes ventajas la publicación en sus columnas, bajo la siguiente:

TARIFA DE PRECIOS DE ANUNCIOS Y RECLAMOS

ANUNCIOS

La línea del cuerpo 7, de 40 milímetros de ancho (una columna), tipo y ancho de columna por que miden sus anuncios *El Liberal* y demás periódicos, 25 céntimos.

RECLAMOS

En la *Sección de Recortes*, intercalados con trabajos literarios, la línea del cuerpo 8, de 53 milímetros de ancho, 0,75 pesetas.

Los originales de los anuncios deben quedar en poder de la Administración ocho días antes de su publicación.

Para los anuncios ilustrados, regirán los mismos precios, con el aumento del coste del trabajo artístico que de antemano establecerá esta Administración.

DESCUENTOS

Sobre los precios fijados, y siempre que las inserciones sean seguidas, hacemos los descuentos siguientes:

De 5 á 8 inserciones.....	5 por 100
De 9 á 13 "	10 "
De 14 á 18 "	15 "
De 19 en adelante	25 "

Para los anuncios que ocupen una ó más páginas completas, precios convencionales.

LA TIRADA DE «LA LIDIA» EXCEDE DE 15.000 EJEMPLARES POR NÚMERO

Administración: ARENAL, 27, Madrid.

LA LIDIA

Revista semanal ilustrada.

AÑO XIII.

MADRID, 12 DE AGOSTO DE 1894.

NUM. 21.



EL GAZPACHO (Acuarela de Mota.)

LOS REYES EN EL DESTIERRO

Ú

OROS, COPAS, ESPADAS Y BASTOS

(DIÁLOGO EN EL INTERIOR DE UNA BARAJA)

(Las cartas hállanse en huelga forzosa. Abandonadas y re-vueltas «del cajín en un ángulo oscuro», el azar ha colocado juntos á los cuatro reyes. Sus Majestades aprovechan este tute íntimo para cambiar sus impresiones, sin cuidado de que las interrumpian ni el charlar de las sotas, ni el patalear de los caballos, ni el peinar, barajar, amarrar y tirar de los banqueros.)

El rey de oros. — Y esto ¿durará mucho?

El rey de copas. — ¡Psché! Ya sabes lo que suele durar la justicia de Enero.

El rey de espadas. — ¿De Enero? Esta es de Agosto, querido; y si no, que lo digan, amén del calendario que así lo reza, los defensores de nuestro divino derecho, los sostenedores de nuestra sacrosanta institución, los guardadores de nuestro tradicional poder, los mantenedores de...

El rey de bastos. — Dí más bien los *mantenidos*.

El rey de espadas. — No puedo decir eso, porque ahora, desterrados sus amados monarcas, ¿quién mantendrá á los leales servidores de nuestra causa? Llamémosles *ex mantenidos*, y atestigüen ellos, vuelvo á decir, si ha sido glacial justicia de Enero ésta con que el Duque de Tamames nos ha encendido el pelo á todos, reyes y cortesanos.

El rey de oros. — Hombre, á nosotros no. Nosotros, en rigor, no deberíamos quejarnos.

Los demás. — ¿Por qué?

El rey de oros. — Porque con estos calores, el Duque nos ha hecho un favor poniéndonos á la sombra.

El rey de espadas. — Eso te agrada á ti, que como buen avaro, eres aficionado á los tapujos y escondrijos, ó á este otro (*señalando al rey de copas*), que gusta naturalmente de la oscuridad de los sótanos y cuevas; pero yo, guerrero antes que todo, quiero que brillen mis espadas á la luz del sol... ó á la luz de las lámparas eléctricas.

El rey de copas. — Ya te contentarías con la luz del gas, como me contentaría yo con la luz del petróleo en la última chirlata.

El rey de bastos. — O con la del candil en el último chiscón.

El rey de oros. — El caso es tener luz.

Los demás. — ¡Luz, mucha luz!

El rey de oros. — Esas fueron las últimas palabras de Gœthe. Bien dicen que era un gran poeta... y un gran espíritu práctico.

El rey de espadas. — ¡Y un gran tirador!

El rey de copas. — ¡Y un gran catador!

El rey de bastos. — ¡Y un gran carácter!

El rey de oros. — Y, sin embargo, ¡pícara luz! Por amarla y buscarla demasiado, nos vemos ahora en esta situación.

El rey de copas. — Y nos hemos abrasado en su llama como la grácil ó infelice mariposa.

El rey de espadas. — Archilírico estás.

El rey de copas. — Es que no como.

El rey de bastos. — Pero bebes.

El rey de copas. — ¡Oh, eso sí! Lo tengo á mano. Gracias á mis copas, aunque me hallo á oscuras, no estoy á ciegas. Echo unos traguetes, y me alumbro.

El rey de oros. — Pues ten la bondad de iluminarnos también á nosotros. ¿Continuaremos así mucho tiempo? ¿Sustituirán los madrileños nuestro interrumpido reinado con el de otros soberanos?

El rey de copas. — Sí; con el reinado del piojo.

El rey de espadas. — Hombre, ten educación. No digas desatinos ni porquerías.

El rey de copas. — ¿Cómo porquerías? Habéis de saber que hablo lo mismo que un libro... Y no un libro cualquiera, sino un libro esencialmente católico; el que escribí el P. Coloma con el título de *Por un piojo*.

El rey de bastos. — Ese padre es de los míos. ¡Ole por la literatura basta!

El rey de copas. — Pues échale otro *jole!* á la oratoria basta y al parlamentario basto, en la elevada y respetable figura de D. Práxedes, nuestro valiente y noble defensor en el Senado, que endilgó á la Cámara en pleno aquel famoso sucedido, según el cual, en nuestra bendita tierra española, cuando no se puede jugar á las cartas... *se juega al piojo*. Ya veis que ni digo desatinos ni porquerías. Hablo de acuerdo con el padre Coloma y con el Presidente del Consejo de Ministros.

El rey de bastos. — Contigo no puede nadie.

El rey de copas. — Con mis copas... ni Tamames puede. Al fin y al cabo, tarde ó pronto, me impondré.

El rey de oros. — ¿Y los demás, somos moco de pavo? También mis ricos y omnipotentes atributos prevalecerán más temprano ó más tarde.

El rey de espadas. — ¡Y los míos, esencialmente aristocráticos!

El rey de bastos. — ¡Y los míos, democráticos por excelencia!

El rey de copas. — En fin, que con bastos ó copas, oros ó espadas, nuestras venerandas instituciones no están llamadas á desaparecer, aunque momentáneamente se las hostilice. Por algo, mis queridos hermanos, España es un país eminentemente monárquico.

El rey de espadas. — Sí; pero, entre tanto, somos monarcas al estilo de los de Alfonso Daudet; reyes cesantes, reyes embo-lados, reyes en el destierro.

El rey de oros. — En el encierro, querrás decir.

El rey de copas. — No, no; nuestro compañero dice bien. Somos, en efecto, los reyes en el destierro; porque si en Madrid no se nos permite reinar, siempre nos queda el sano recurso de irnos...

Los demás. — ¿Al extranjero?

El rey de copas. — ¡Quiá! ¡A provincias!

(*Vánse, efectivamente.*)

MARIANO DE CÁVIA

CUATRO ESTRELLAS



I

DA educaron con una rigidez absoluta en una pensión de señoras, adonde no llegaba nada pecaminoso del mundo, que no fuera espurgado por la implacable mirada de Madame, con más hosca atención que escudriñaron el cura y el bachiller los libros de caballería en casa de Don Quijote. Del colegio salió purísima y alada, toda ángel, sin presentir el mal ni sospecharlo, algo espíritu puro, ajeno á las miserias de la vida, y muy creída de que la existencia era del color de rosa, que en su cándida imaginación se for-

jaba. Sus padres, con cuidado exquisito, cuidáronse luego de guiar sus pasos inocentes, analizando sus amistades, estudiando sus inclinaciones, apartándola de cualquier compañía que no resultara diáfana é infantil.

No transigieron con nadie. ¿Teatros? A ver las comedias de magia, y se acabó. La escena es fuente de perdición, y hoy no hay drama sin adulterio é hijos naturales. ¡Tapa, tapa! ¿Libros? *Las tardes de la Granja*, tomos de fábulas y versos morales, y nada de *Las mil y una noches*, con su odalisca narrando cuentos en el lecho de su señor, ni de novela alguna, escuela del vicio y escuela temible, porque ofrece á los corazones inexpertos el pecado bajo una brillantez de colores que deslumbra y atrae. Un completo sistema de aislamiento que á la niña que no conocía otra cosa no le pareció muy duro, con ser de hierro, ante la dicha de poder al cabo tender las alas fuera de la rígida pensión.

Pero la Naturaleza es siempre la misma, á despecho de todas las vigilancias paternales, y un día, entre el fárrago de novelistas ingleses para la infancia, y de comedias de espectáculo, el corazón de aquella niña se acordó de que había entrado en los catorce años, y despertó. Fué una cosa muy sencilla, algo como el primer estremecimiento de un capullo al sentir sobre sus pétalos cerrados el primer rayo de sol. Y en suma una tontería; pero una tontería que la quitó bruscamente de los ojos la venda, y la mostró de pronto un paraíso, más hermoso y lleno de luz que el que Madame las describía en el colegio en las tardes en que le correspondía el turno á la Historia Sagrada.

Iban á subir al tranvía ella y el aya á la vez que un oficial de ejército, un teniente de ingenieros, que como es natural, las cedió el paso, bajando del estribo en que él acababa de colocarse. La niña, fina y bien educada, le dió las gracias por su galantería, con una inclinación de cabeza y una sonrisa que la valieron de la miss una mirada recelosa y un gruñido en inglés, mientras el militar contestaba con un saludo, llevándose la mano á la visera del ros. Y luego, la casualidad completó la obra, haciendo que ambos se apearan al mismo tiempo, con lo que pudieron observarse á plena luz, quedándose la muchacha complacida del incógnito, y pareciendo indiferente al incógnito la desconocida.

II

Estaban las dos en el balcón del gabinete de recibir, la madre austera y la niña inocente, viendo el horizonte terso, con la limpidez de la entrada del verano, en el que comenzaba á parpadear el lucero de la tarde. Había sido uno de los días en que la señora se quedaba en casa, y no era exageración asegurar que media corte acababa de desfilar por los elegantes salones del hotel.

La niña, silenciosa y melancólica, miraba al cielo, apoyada en la barandilla del balcón, mientras la pobre madre se devanaba los sesos sin tropezar con la causa de tal tristeza. Porque hacía cuatro ó cinco meses la colegiala había cambiado radicalmente de modo de ser, con harta extrañeza de cuantos la rodeaban. Los preciosos tomos ilustrados de cuentos traducidos del inglés, los libros de viajes, el piano, el arpa, todo permanecía olvidado, sin que bastaran consejos ni instancias para que se reconciliara con sus antiguas ocupaciones y recreos. Palidecía, se desmejoraba, no tenía gana de comer, éranle indiferentes tocados y galas, y su mayor gusto se cifraba en que la dejaran sola. Alguna vez la sorprendió su madre vertiendo tres ó cuatro lágrimas indiscretas. ¿Qué le ocurría? Ella no se quejaba de dolores. ¡Incomprensible! Se llamó al médico, vino y salió del paso cargándole el mochuelo á los nervios. Y no encontrando nada alarmante, nada recetó de la botica. Mucho paseo y muchas distracciones.

Aquella tarde, concluída la amistosa recepción, la niña hallábase hundida en uno de sus éxtasis. ¡Tanta gente como había pasado por los salones de su casa, menos una persona, la única que ella habría anhelado ver! Pero, ¿cómo? ¡Si no era amigo de su familia, si ni siquiera sabía de quién se trataba! ¡Delirios del corazón, que no entiende de conveniencias sociales, que se enamora y se entrega sin pararse en más! La remembranza de aquel teniente del tranvía, tan apuesto, tenía en el alma de la colegiala un altar desde la memorable mañana; pero en vano le rendía culto en el secreto de su pecho. El ingrato no parecía por ninguna parte. Fué uno de esos sueños de dicha que se desvanecen al despertar.

De pronto le vió cruzar la calle. ¡Sí, sí! El era; pero ni por casualidad se le ocurrió mirar al hotel. Siguió su camino, y desapareció. Cuatro ó cinco meses iban ya transcurridos desde que el azar se lo trajo al paso. El repentino desengaño fué para la pobre muchacha una puñalada, y á su pesar se la escapó un sollozo.

— ¿Qué es eso? — exclamó su madre sorprendida, y buscando siempre las causas de la aflicción de su hija, siguió: — ¡Mira! ¡Entrate! Tú estás muy nerviosa, y el crepúsculo de la tarde es siempre triste. ¡Voy á odiar á esa estrella que todos los días te hace llorar!

Y la colegiala, murmuró, como respondiéndose á un pensamiento, y dejando absorta á su madre:

— ¡No es una la estrella que me arranca mis lágrimas! ¡Son cuatro!

VALENTÍAS Y TEMERIDADES

En todas épocas y en todas ocasiones, ha habido en España toreros atrevidos, que han asombrado al público con temerarios arrojos. Cuando éstos han sido efecto del conocimiento de las condiciones de las reses, ó de las reglas del arte, los aplausos que se les han tributado han sido justos; pero cuando no han tenido más objeto que el de acreditar valor inconsciente, los actores debieran haberse convertido en *fuera*s enérgicos y en fuertes multas, á los que, faltando al respeto del público y con estúpido desprecio de la vida, perpetraran esos desmanes que á nada conducen. Ha habido tiempos en que se hacía la debida separación entre el verdadero valor y la necia temeridad, hija de la ignorancia; pero hoy puede afirmarse que causa ésta más deleite que aquél, entre ciertas gentes que no discurren y que son muchas.

Dos ó tres hechos que voy á referir, bastarán para demostrar la verdad de lo que va expuesto, y la diferencia de criterio de cada época; pero, ante todo, haré mención de dos hechos arriesgados, que fueron útiles y dignos de aplauso, como hijos del valor sereno.

El aventajado diestro Guerrita, en este mismo año, sacó del morillo de un toro, en los tercios de la Plaza, á mano y á cuerpo descubierto, frente á frente, la garrucha que le habían clavado, de tal modo, que habían sido hasta entonces inútiles todos los esfuerzos de las cuadrillas: y el célebre Frascuelo, en la corrida verificada el 19 de Septiembre de 1869, realizó otra hazaña no menos importante. A la salida de una vara que puso á un toro de Bañuelos el picador Curro Calderón, se enganchó la lrida del caballo en el cuerno del toro, con un nudo tan fuertemente apretado, que no había medio de separar á los dos animales, ni de continuar la lidia. Frascuelo, con suma tranquilidad se acercó al toro, le tomó las astas con ambas manos, desató el nudo con no poco trabajo, y la res quedó inmóvil y como asombrada. ¿Por qué Frascuelo y Guerrita fueron aplaudidos unánimemente? Porque el acto era *necesario* aunque difícil, consecuencia de un deber y no de temeridades censurables.

Ahora ya, en los siguientes hechos hay diferencia de criterio.

El mismo Guerrita, después de dar una estocada de muerte á un toro el día 3 de Mayo último, se sentó en el estribo de la barrera, frente á él, con la mayor frescura, permaneciendo así hasta que el animal cayó á sus pies, causando esta escena general entusiasmo entre la multitud; en cambio, el año de 1867 fué silbado el Gordito por hacer eso mismo con otro toro, y con la circunstancia de haberse vuelto de espaldas al mismo, cara al tendido.

Diferencia de criterio.

El célebre Cúchares sufrió en Madrid, por causa parecida, uno de los mayores disgustos de su vida torera. El 3 de Octubre de 1852, un toro colmenareño, lidiado en quinto lugar, llegó á la muerte cobarde, receloso y defendiéndose: se aculó á las tablas al primer pinchazo, que fué bajo, sin que la superior muleta del matador, ni los capotes de los banderilleros, Gallego y Kico — dos nada más — lograsen ladearle siquiera para entrar á herir de nuevo. El tiempo transcurría con impaciencia del populacho, que pedía al matador *otro recurzo*; y entonces el hombre soltó el estoque ante la cara de la res, bajó la muleta al suelo y *se sentó en la arena*, á un metro de la cara del cornalón, *cruzándose de brazos* y permaneciendo así hasta que el público, con sus silbidos y denuestos, le hizo levantar. ¡Qué ovación tan ruidosa se hubiera tributado hoy, al que tanto se censuró porque *aquello* no era suerte de toreo!

Diferencia de época.

¿A qué recordar el necio alarde de valentía que en las novilladas de Madrid, próximamente anteriores á la alternativa de Reverte y Bonarillo, hicieron estos inexpertos muchachos, arrojándose al suelo, tendidos á lo largo del testuz del toro y á una vara de distancia del mismo? ¿Por qué no igualar en la censura á los célebres Lagartijo y Frascuelo, que en la Plaza de Granada el 11 de Junio de 1868, se tendieron en la arena delante de un toro? Los actos de Madrid y Granada fueron perfectamente iguales, y, sin embargo, el primero fué aplaudido con frenesí, y fué una base para la reputación de los noveles matadores, y el segundo, el de Granada, censurado por el público y amonestado por la autoridad.

Diferencia de tiempos...

El espacio que concede LA LIDIA para los artículos (quiere muchos y de buenas firmas en cada número) me impide hacer algunas observaciones acerca de lo expresado. Corto, pues, por lo sano, que ya vendrá día y lugar para extenderme.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA

LAS CRIADAS



— Chico, yo no puedo hacer más; ya he dicho á la señora, que ó se muda de casa ó me voy, porque á mí me coge muy lejos del cuartel.



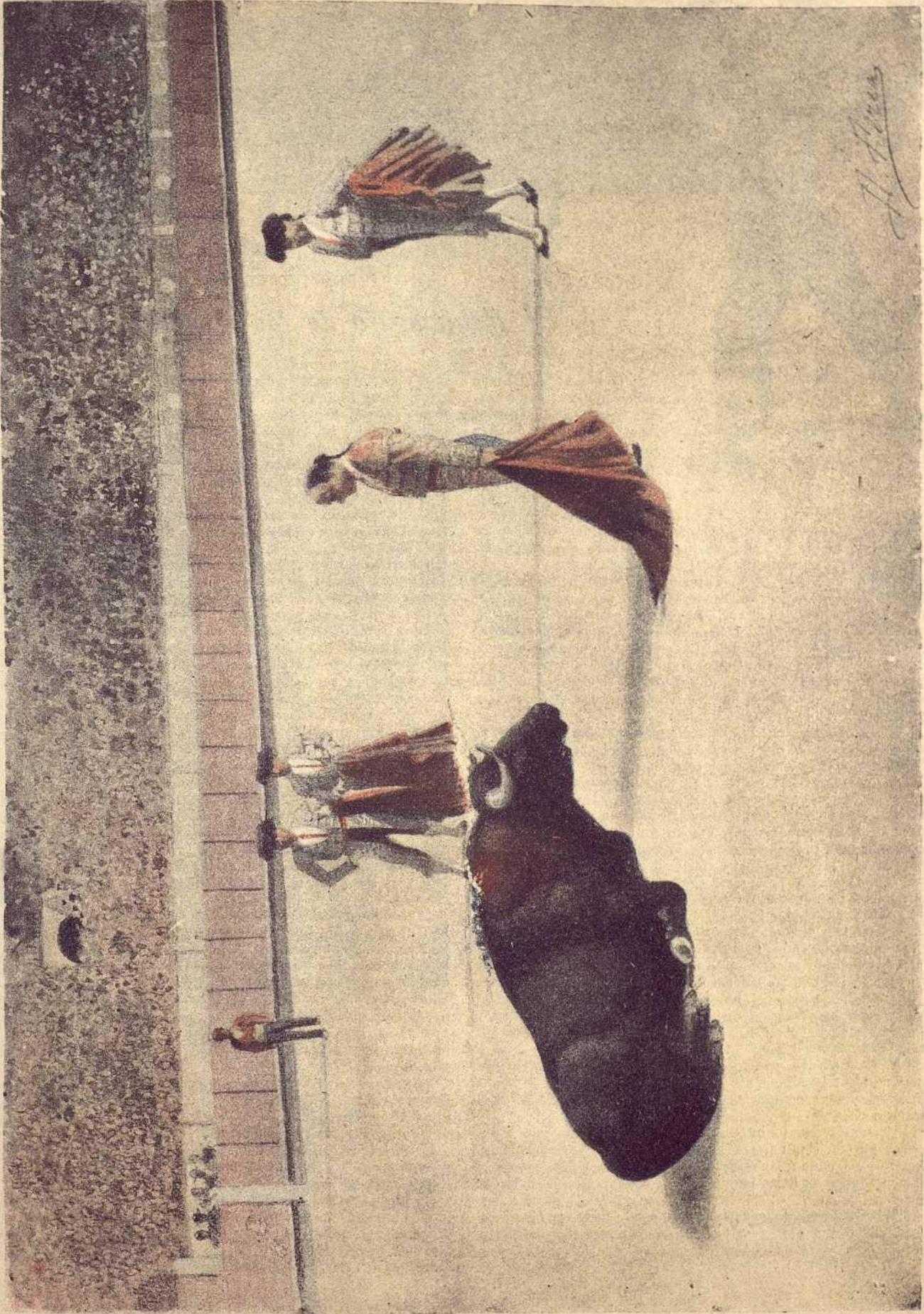
« ¡ Cuándo llegará aquel día y aquella feliz mañana, que nos lleven las señoras, el chocolate á la cama! »



También voy á encarecer hoy el salmón. Y la señora empieza á escamarse.



— Mucho silencio ¿eh?, y sobre todo, que no se entere la señora.
— Pierda usted cuidado: todo el mundo lo sabrá antes que ella.



Alfonso

DESPUÉS DE UNA ESTOCADA (De fotografía de D. Luis Laredo.)



El Reglamento de los Frontones.

¡Ya era hora! La más odiosa inmoralidad se había apoderado de los frontones, amenazando dar al traste con las virtudes que caracterizan al pulquérrimo pueblo español.

Mi pluma humilde, antes que otra alguna, ha-

bia señalado hace algún tien po los vicios de que adolecen los partidos de pelota, y hasta se había atrevido á proponer algunas medidas que encauzaran el desquiciado *sport*.

Prediqué en desierto; la autoridad se hizo la sorda á mis suplicas, y las cosas continuaron en el mismo ser y estado que anteriormente, hasta que un incidente imprevisto ocurrido hace algunos días, vino á conmovier la opinión y á conmovier por ende al Sr. Gobernador civil de Madrid. Excmo. Sr. Duque de Tamames.

He aquí el origen del asunto: en un partido de segunda, verificado en Beti-Jai, faltaban un tanto á los azules y cinco á los colorados para rematar el partido. Hicieron estos los cinco tantos seguidos, y perdieron los azules.

¡Allí fué Tioya! Los que apostaban por los que perdieron, se levantaron ébrios de furor, y varios de ellos la emprendieron á estacazo limpio con uno de los pelotaris, que se vió obligado á huir, no sin haber recibido en la fuga alguna caricia contundente.

Los periódicos se ocuparon del escándalo, y como somos todos tan liberales en este fantástico país, pidieron á una, no que se castigase á los valientes que habían golpeado al pelotari indelencoso, sino que cayese sobre éste, sus compañeros y las empresas, todo el rigor de la ley. Calomarde *fecti*.

El Sr. Duque de Tamames, como antes dije, se conmovió al escuchar el clamoreo de la prensa, y se propuso acabar de una vez con los abusos que en los frontones se cometen, para devolver á éstos una virginidad moral, al lado de la cual era tortas y pan pintado la de las vestales en el orden físico.

El distinguido prócer no se anduvo en chiquitas. ¿Castigar á los valientes que maltrataron al pelotari? Eso ni por pienso.

Si aquellos caballeros hubiesen silbado á un artista en el Teatro Real, habrían visitado quizá la Cárcel Modelo. Si llegan á maltratarle de obra, sólo Dios sabe adonde hubieran ido á parar.

Pero eso no reza, por lo visto, con los frontones, donde se puede apalea impunemente á un jugador cuando los usureros de las traviesas ven que les ha salido la cuenta errada. Prosigamos.

Es de sentido común que para fallar un pleito hay que oír á las dos partes. Cualquiera, en el puesto del Sr. Gobernador, hubiera escuchado á las empresas de frontones y á los pelotaris antes de dar oídos solamente á los que apuestan en los partidos de pelota.

El sentido común no reza tampoco, por lo visto, con los frontones, puesto que para resolver de plano la cuestión, el señor Duque se contentó con llamar á media docena de caballeros,

muy apreciables y muy dignos, pero cuya competencia en asuntos de partidos de pelota es sumamente discutible, y encomendarles la redacción de un reglamento que cortara de raíz las inmoralidades, y convirtiese á los frontones en falansterios del *sport*.

Dicho y hecho. Descartados en absoluto los empresarios que deben de ser, á lo que se ve, destrozones sin oficio ni beneficio; descartados los pelotaris, entre los cuales no debe de haber ninguno capaz de formular un descargo, reuniéronse los señores del margen, y actuando de reyes Palomos, se han guisado y se han comido á los frontones con unas fuerzas digestivas que envidiarían seguramente Gargantúa y Pantagruel.

¿Qué dirán ustedes que han hecho? Por de pronto, un reglamento ideal, que yace todavía en los limbos de lo inédito, pero del cual se cuentan maravillas.

En ese precioso documento, según los periódicos dicen, se halla previsto todo con acierto imponderable. Las empresas y los pelotaris se han encontrado con las hormas de sus zapatos, y tendrán que andar más derechos que un huso, para mayor contentamiento y solaz de los aficionados activos y pasivos, quiero decir, de los que daban ciento á uno, ó tomaban uno á cien, y de los que, como yo, iban á ver jugar, libres de colapsos cardiacos.

Como no conozco el famoso reglamento, punto en boca y á esperar que se dé á luz para juzgarlo imparcialmente.

Pero no se han contentado los supradichos señores con sacar de sus privilegiadas cabezas, y en un periquete, reglas que serían á la inmoralidad de los frontones, lo que el termocauterio al antrax, sino que han adoptado, como medida previa, una majavi losa resolución, adoptada la cual, el *tongo* huirá de los frontones como gacela herida por implacable mano de certero cazador.

¡Así como suena! ¿Y saben ustedes en qué consiste esa resolución? Supongan ustedes que arman un escándalo en el Regio Coliseo por que un cantante, ó dos, ó cuatro, han desafinado toda la noche; sigan ustedes suponiendo que saltan ustedes al escenario y empiezan á estacazos con dichos cantantes; y acaben ustedes por suponer — que es el colmo de la suposición — que el Sr. Gobernador de la provincia, para corregir esos abusos, va y suprime... ¡la orquesta!

Pues eso es lo que acaba de hacer el Sr. Duque de Tamames, aconsejado por los señores varias veces citados.

En vano se le dirá que sin orquesta no hay ópera posible. Constará que bastan los cantantes, ó propondrá que se les acompañe al piano. Y se acabaron para siempre los abusos. ¡Ya lo creo! Y el teatro también.

Donde dice orquesta léase corredores, y ahí está la panacea inventada por los conspicuos de la junta para curar radicalmente el cáncer del *sport*.

Se suprimen los corredores, es decir, la orquesta; se permiten las apuestas mutuas, es decir, los cantantes acompañados al piano, y suprimida la orquesta, ó sea los corredores, quedan *ipso facto* suprimidos los frontones. ¡Y que levante el dedo quien

sepa extirpar abusos mejor que los consejeros del Sr. Duque de Tamames!

¡Lo grande es que el *tongo* ha venido de Buenos Aires; que en la República Argentina es donde han tenido su origen los vicios que se trata de destruir, y que allí, en la América del Sur, *no hay ni ha habido nunca corredores!*

Basta por hoy, que hay tela cortada para rato, y me propongo dedicar á la materia alguna atención, cuando se adopte una resolución definitiva.

Por de pronto, las empresas de frontones se han dirigido al Sr. Gobernador en súplica de que se las oiga antes de perpetrar lo propuesto por la célebre junta.

E-peremos, pues, á ver el giro que toman las cosas, y entonces iré soltando lo mucho que callo hoy.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

San Sebastián y Agosto á 6 de 1894.

CRÓNICAS TAURINAS

EL TOREO «CHICO»

SIBARITA como los potentados, caprichoso como los favorecidos de la fortuna, el toreo grande ó formal se asemeja á los cortesanos pudientes, que apenas los primeros ardores del sol de Julio caldean el pelado emplazamiento de la gran villa, se esporean por las playas y costas que circundan la Península, buscando en las brisas marinas el lenitivo al calor, que los desheredados tenemos autorización para disfrutar de la manera que nos parezca más conveniente y *apetitoso*.

Mucho cariño, verdadera debilidad siento por esta genialísima capital; pero no puedo menos de confesar que *mi* Madrid en verano, es aburridísimo como él sólo; todo por obra y gracia de su *heroico* Municipio, cuya iniciativa local y administrativa radica en todas y cada una de las *panzas* concejiles, que se hinchan resolviendo el problema de actuar de *pegotes* (con perdón de Antonio Bejarano), en todas partes.

Así es, que en cuanto se cierra el año económico, cada año más económico, la gente sale de Madrid á la desbandada, como si huyera de la peste, llevándose detrás cuanto de notable se percibe en esta barahunda social, entre ello lo más saliente de lo más característico de nuestras costumbres: el toreo formal. Alicante y Pamplona inauguran la *tournee*, que se continúa luego por Valencia, Barcelona, Santander, Cartagena, Málaga, San Sebastián, Bilbao, Gijón, etc., etc., donde Guerrita y Mazzantini, con otras figuras de menos relieve, levantan la bandera arriada en Madrid, y sustituida por un gallardete, que ondea en todas direcciones agitado por vientos encontrados.

Este gallardete representa *el toreo chico*, vinculado en nuestro ardoroso Circo durante la canícula, y que, á pesar de su pequeñez, es el más importante de los espectáculos que en nuestra capital se ofrecen durante esta época. Confieso ingenuamente que hasta este año no había parado mientes con alguna atención en esas mal llamadas novilladas, y que al hacerlo he encontrado en ellas muchas cosas dignas de observación y de tenerse en cuenta, y deducido no pocas consideraciones de diversa índole. Especie de escuela práctica de tauromaquia, *el toreo chico*, presenta, como no podía por menos, dos puntos completamente opuestos: cómico, grotesco si se quiere uno de ellos, y provechoso para el arte y los artistas á las veces, y muy tristes para éstos las más, el otro. Toquemos en ambos ligeramente.

Como á todas las profesiones, al toreo afluyen personalidades con vocación y sin ella, siendo por regla general los comienzos iguales para unas y otras; pero á los pocos ensayos puede apreciarse la diferencia, pues mientras los primeros se acostumbran pronto á saber por donde andan, los segundos quedan destinados á excitar la hilaridad del público, ó á servir de *cabeza de turco* á la concurrencia, hasta que algún contratiempo ú otra ocupación menos ruda, les hace abandonar el teatro de sus ilusorios triunfos.

Respecto á la segunda fase del *toreo chico*, voy á per-

mitirme algunas indicaciones, no con la pretensión de que puedan influir en su modificación, sino con el objeto de que las tengan presentes los aficionados, al juzgar el trabajo de los jóvenes diestros. Desgraciadamente, el año va fatal para la tauromaquia en general, pero muy en particular para la grey novillera. Recuérdense los graves accidentes del Castizo, Gavira, Parrao, el Confitero, Maera, el Rolo, Madroñal y algún otro; y recientemente la terrible cornada del Cartujano, cuya herida, al escribir estas líneas, aún le tiene entre los dolores de vida y muerte. Posible es que haya quien los achaque á inexperiencia y falta de conocimientos, opinión que no he de impugnar, comprendiendo que no hay que exigir en los novilleros las mismas dotes de inteligencia que en los toreros hechos; pero en mi concepto, hay otra causa más influyente para la repetición de esas desgracias.

Bajo el nombre de ganado de desecho de tiente y cerrado, hase dado en la corruptela de echar á los muchachos que se ejercitan en la profesión, verdaderos toros, algunos de seis y siete años; que han acabado por lo tanto con las novilladas, trocándolas en verdaderas corridas. Si en vez de unos toretes con todas las condiciones de bravura y nobleza que se exige á la raza, se sueltan toros viejos, cobardones y de lidia difícilísima por sus condiciones; y si en vez de procurar el alivio y lucimiento de los principiantes, se les reserva lo que rechazan los espadas de cartel ó lo que enagenan los ganaderos á precio de matadero, ¿no tendrán que resultar las mal llamadas novilladas, de lidia imposible, y expuestas á frecuentes y lamentables contingencias?

Ahora bien: después de tenerse esto en cuenta, adviértase cómo en las corridas de desecho se *reciben* toros, se entra á matar á volapié neto, se colocan estocadas en la misma cruz, se llega con la mano al morrillo, se lancea de capa, se pica á ley y se pica en lo alto, y hasta se notan reminiscencias de algunos maestros en el manejo de la muleta; y digasenos qué falta ó qué sobra en una novillada, por autonomasia comparada con una corrida de toros escogidos...

Lesaca, Gorete, Gavira, Bebe chico, Conejito, Villita, el Mancheguito, Pepe-Hillo, Potoco, el Jerezano, Gordito, Maera y hasta el Tremendo (¡zambomba!), con otros más, que forman esa legión de jóvenes, que con tanta voluntad se lanzan al peligro, ¿no merecen, en justicia, un poco de tolerancia y de benevolencia, y un mucho de estímulo que premie sus esfuerzos?

No trato de censurar á nadie; pero si me atrevo á pedir en nombre de los aficionados verdaderos, un poco de caridad y de consideración para esos valientes chicos que no vienen obligados á dar todavía lo que debe exigirse á los que se mueven en esfera más elevada... De otro modo, tendríamos que borrar la diferencia entre el *toreo chico* y *grande*, ya que éste descendería al nivel del primero, lidiando toritos como borregos, ó aquél se elevaría á la altura del segundo, habiéndoselas con bueyes como casas.

DON CÁNDIDO.



LA SEVILLANA

Cielo de brillantes tonos,
sol que se deshace en chispas
y baña en fuego los campos
de la hermosa Andalucía;
jardín de múltiples flores
que presta aroma á la brisa,
y ésta esparce suavemente
á distancias infinitas;
patria de héroes y de santos,
de escritores y de artistas;
sultana en pasados tiempos,
Tierra hoy de María Santísima;
¿qué extraño que en tus mujeres
puedan hallarse reunidas,
la hermosura de tus flores,
el aroma de tus brisas,
de tu cielo los encantos,
de tu sol la lumbre misma?
El azahar prestó blancura
á bastantes de tus hijas,
y en sus ojos dejó el cielo
sus claras y azules tintas;
de otras el moreno rostro,
los ojos que lanzan chispas,
y el negro y copioso pelo
que en sus sienes se enortija,
denuncian del sol la fuerza
y la rudeza del clima.
No hay, pues, unidad de tipo
forma de belleza fija,

ni carácter invariable
 en la mujer de Sevilla,
 cuando cegados al verla
 sólo su rostro se mira,
 y sus miradas se buscan
 y enloquecen sus sonrisas.
 Mejor se encontrara el tipo
 en la esbeltez peregrina,
 del talle que se cimbreaba
 cuando en las calles camina;
 mejor en sus breves manos,
 sus piecillos de niña,
 sus airosos movimientos,
 la morbidez de sus líneas,
 los andares, que parece
 como que á seguir las brindan,
 y la mirada, que quema,
 cuando en un hombre se fija,
 dominando voluntades,
 fingiéndose acaso esquivas,
 ó delicias prometiendo
 y reclamando caricias.
 Mejor aún cuando la vemos
 haciendo de la mantilla,
 negro marco, en que destacan
 del bello rostro las líneas;
 cuando fija en sus cabellos

su infantil coquetería,
 flores de vivos colores
 que, al verse en ellos prendidas,
 más orgullosas parecen
 y muestran mayores dichas,
 que en la planta en que nacieron
 y en que fueron maravilla.
 Mejor aun cuando la vemos
 con su elegancia instintiva,
 con su gracia inagotable,
 con sus frases y sus risas,
 ya alimentando esperanzas,
 ya promoviendo porfías,
 ya sembrando mil promesas,
 acaso nunca cumplidas,
 ó, cuando la noche llega,
 detrás de una celosía,
 volviendo de amores loco
 á quien acude á su cita.
 Sensible, nerviosa, inquieta,
 del amor siempre cautiva,
 como amante, como esposa,
 como madre ó como hija,
 de su ternura tesoros
 en la existencia prodiga,
 que por algo hay en su pecho
 un corazón que palpita;

pero de su honra al cuidado
 es vigilante ella misma,
 y de su honor en defensa
 siempre reproduciría
 de María Coronel
 la heroica hazaña atrevida;
 que ni el ser amante empece
 á la que quiere ser digna,
 ni honras y amores se excluyen
 en la que nació en Sevilla.
 Tal es la mujer, que ha dado
 asunto á mil poesías;
 la que sirvió de modelo
 á la inspiración artística
 de Bartolomé Murillo
 cuando pintó sus Purísimas;
 la que viviendo en la historia
 ha llegado á nuestros días,
 llena de timbres gloriosos
 que la elevan é idealizan;
 la que enaltece á su patria
 y comprueba y justifica,
 el cantar que ha proclamado:
 «Para mujeres, Sevilla».

M. OSSORIO Y BERNARD.



Conducción del cadáver del guardia Leoncio Esteban. Dibujo de D. Perea.



Durante los últimos días, la cuestión del juego ha estado sobre el tapete. Mientras en la prensa se debatía, después de haberse discutido en las Cortes, si el juego era un delito ó no, dos individuos entraron en una *chirlata* de la calle de Tetuán, se apoderaron del dinero de la banca, y al ser perseguidos en la calle por unos guardias, la emprendieron á tiros con los mismos. Uno de los representantes de la autoridad ha muerto de resultas de sus heridas, y otro se encuentra en grave peligro. La opinión pública se ha impuesto al sistema de las tolerancias gubernamentales; las *chirlatas* se han cerrado, y los presidentes de los casinos y clubs han dado su palabra de que no se juzgará en ellos.

Madrid ha hecho solemnisimo entierro al guardia muerto en el cumplimiento de su deber, y hoy le lloran cinco huérfanos.

Y á esto llaman *cosas de juego*.

Se trata de instituir la *Fiesta del Arbol*; esto es, el establecimiento de la costumbre de sembrar un árbol en determinado día cada uno de los niños de las escuelas, dependientes de la autoridad, empleados, etc.

— Qué gusto, dirán los enemigos del arbolado, que en Madrid son muchos... ¡Cuántos árboles nuevos que poder arrancar!

Con motivo de las cuestiones de las Sacramentales, hablábase en una tertulia de los beneficios que prestan en días tristísimos para las familias, no teniendo éstas que ocuparse de ciertos detalles siempre enojosos:

— En ese punto — decía Pérez — yo estoy bien: no somos más que mi mujer y yo, y tenemos compradas nuestras *sepulturas vitalicias*.

* *

— Pues ¿no tenía usted una hija? — le preguntan. — Creo recordar que había conquistado en el Conservatorio varios premios de canto.

La frente de Pérez se nubla, y contesta brevemente:

— Murió hace tres años... ¡Pobre Carmen!... Era una *can-tárida* de primera fuerza.

— Quisiera hacerme un retrato al oleo — dice Calinez — pero no conozco á ningún pintor de los de fama.

— Yo le presentaré á usted — dice Gedeón — á mi buen amigo Federico Jiménez Fernández, primera medalla en varias exposiciones, y tengo la seguridad de que quedará usted contento.

Y después de brevisima pausa, añade:

— Es una verdadera notabilidad para la pintura de animales.

Entre los estancos concedidos recientemente en Francia, lo han sido varios:

A la viuda de John Lemoine, Senador y miembro de la Academia francesa.

A las viudas de los diputados Joigneux, Chevally y Maigne.

A la viuda del Académico Camilo Rousset.

A la viuda de M. Artaud, Jefe del gabinete del Presidente del Consejo de Ministros.

A la viuda de Guy de Ferrieres, Procurador general de la República.

Y á otras muchas señoras no menos distinguidas.

... Exactamente como en España.

En Madrid ha fallecido el Magistrado D. José González de Tejada, que en su juventud se dió á conocer muy ventajosamente como poeta festivo. Sus *Anacreónticas de última moda* y otras composiciones insertas en el *Semanario pintoresco español*, justifican el crédito que supo adquirir. Hace mucho tiempo que había abandonado el cultivo de la literatura.

El Ayuntamiento anuncia la subasta para la adquisición de 116 paquetes de bujías para los colegios electorales.

Y esto haciéndose las elecciones de día.

¡No van á estar poco alumbrados los electores!

La caridad no es únicamente un deber moral, sino la satisfacción de una deuda.

* *

La consideración de los otros se gana prodigando la nuestra.

* *

La ocupación más lucrativa del hombre es, sin duda, la de honrar á los otros.

MANUEL DE SEIJAS LOZANO.

La superstición transforma al hombre en bestia; el fanatismo en fiera; el despotismo en acémila.

LA HARPE.

Una mujer hermosa agrada á los ojos; una buena al corazón: la primera es un dije; la segunda un tesoro.

NAPOLEÓN.

Los males que sufrimos, siempre nos parecen incomparables.

GUIZOT.

Todo hombre grande ó pequeño, es un poeta si ve el ideal más allá de sus actos.

IBSEN.

Hay dos asuntos inagotables de complaciente observación: nuestras buenas cualidades y los defectos de los demás.

VALTOUR.

La mujer sin carácter es como la comedia sin aplausos: difícil de sostenerse.

En crítica literaria, cuanto más pesado es el estilo, menos peso tiene la opinión del autor.

— ¡Usted paseando, Doctor! Nunca le he visto tan desocupado...

— Es que ahora los clientes van á hacerse matar en playas y balnearios.

El hombre honrado es un reloj que tiene la máquina en el corazón; el hombre de talento la lleva en la cabeza; el sensual en el estómago; el banquero en el bolsillo; el criminal tiene la máquina suelta; sólo el tonto no tiene máquina; es un reloj de sol.

Disputa conyugal:

El.— La situación es insostenible... ¡Vete con tu madre!

Ella (lloriqueando).— ¡Ya sabes que ha muerto!

El (furioso).— ¡Razón de más!!

Las tres cosas más difíciles son: Guardar un secreto, olvidar las injurias y usar bien de lo que se tiene.

El medio de conservar el hombre su libertad, es estar siempre pronto á morir por ella.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.

¡¡ MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO!!

!!! Curiosa Revelación!!!

Único remedio inofensivo y muy eficaz, de bases vegetales que cura la impotencia y el debilitamiento viril, devuelve el vigor y aumenta la fuerza en todas las personas de uno y otro sexo, debilitadas por la edad ó los excesos. ¡Señoras y caballeros! pedid el método y consejos confidenciales en letra franca de porte. Se hace el envío á cambio de 60 céntimos. Discreción. Pónganse las señas de E. PAUL, EN SAINT OUEN, SUR SEINE. FRANCIA.

DROGUERÍA Y PERFUMERÍA CHINA

PLAZA DEL ANGEL, 17

Completo surtido en perfumes y objetos de tocador, recomendado por sus excelentes resultados higiénicos, el agua de Colonia, polvos de arroz y veloutina, productos especiales de esta casa.

AGUA DE COLONIA IMPERIAL

**PRODUCTO ESPECIAL DE LA PERFUMERÍA INGLESA
S. ROMERO VICENTE**

CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 3, MADRID

Frascos de 1,50, 2, 3, 5, 10 y 20 pesetas.—Medio litro, 4 pesetas.

NOTA. Para que todo el mundo pueda apreciar las buenas condiciones higiénicas de este producto y las compare con otras, se venderá hasta en cantidades de cincuenta céntimos.

ÚNICA CASA EN MADRID QUE EXPENDE

VINOS PUROS DE JEREZ

AL POR MAYOR Y MENOR

BODEGA CASTELLÓN

LOS JEREZANOS

4-CAMPOMANES-4

LA URBANA

COMPAÑÍA ANÓNIMA DE SEGUROS

Á PRIMA FIJA

CONTRA EL INCENDIO

EL RAYO Y LAS EXPLOSIONES DEL GAS Y DE LOS APARATOS DE VAPOR

FUNDADA EN 1838

ESTABLECIDA EN ESPAÑA DESDE 1848

Domicilio social

CALLE LE PELETIER, 8 Y 10.— PARÍS

Representación general en España

PUERTA DEL SOL, 10 Y PRECIADOS, 1

MADRID

LAS GLORIAS DEL TOREO

POR

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Cuadros biográficos, lances y desgracias de los diestros más célebres, desde Francisco Romero hasta nuestros modernos lidiadores, y costumbres de los pueblos aficionados á esta clase de espectáculo.

De venta en casa de los editores Saenz de Jubera, Hermanos, calle de Campomanes, 10, Madrid, al precio de 5 pesetas, encuadernado en rústica.

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO

DE

JULIÁN PALACIOS

27-Calle del Arenal, 27.-Madrid

Talleres montados con todos los últimos adelantos de estas industrias, y especialmente dispuestos para la ejecución de trabajos artísticos y comerciales.

¡¡VIVIR PARA VER!!!

¿Queréis la felicidad para toda la vida? ¿Sí?
Pues mandar **una peseta** en libranza á

D. SERRANO ANTEQUERA (Málaga)
y recibiréis la clave para vuestro porvenir.

CHOCOLATES SUPERIORES

EXQUISITOS CAFÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

COMPañÍA COLONIAL

CALLE MAYOR, 18.—Sucursal: MONTERA, 8.—MADRID

CH. LORILLEUX Y C.[^]

MADRID, Olid, 8.—BARCELONA, Casanova, 28 y
PARÍS, rue Suger, 16.

TINTAS PARA IMPRENTA Y LITOGRAFÍA
NEGRAS Y DE COLORES
TANTO PARA ILUSTRACIONES COMO PARA OBRAS, PERIÓDICOS
Y CARTELES

Artículos en general para Litografía y especialidad para encuadernaciones. Pastas para rodillos, barnices de todas clases, colores en grano, etc., etc., y todo cuanto pueda convenir, tanto para Tipografía como para Litografía.

FÁBRICA EN BADALONA
ADMINISTRACIÓN Y DEPÓSITO:
CALLE DE CASANOVA, NÚM. 28.—BARCELONA

FÁBRICA EN LISBOA
Agente para Portugal, CARLOS CORREA DA SILVA.
Administración y Depósito: Serpa Pinto, 24-26.

¡¡La más alta recompensa concedida en la Exposición Universal de Chicago!!

LA COMPañÍA FABRIL «SINGER»

HA OBTENIDO 54 PRIMEROS PREMIOS

Siendo el número mayor de premios alcanzados entre todos los expositores,
Y MÁS DEL DOBLE

DE LOS OBTENIDOS POR TODOS LOS DEMÁS FABRICANTES DE MÁQUINAS PARA COSER, REUNIDOS.

CATÁLOGOS ILUSTRADOS
GRATIS

SUCURSAL EN MADRID

CATÁLOGOS ILUSTRADOS
GRATIS

23-CALLE DE CARRETAS-25

ACADEMIA CÍVICO-MILITAR

PREPARATORIA

PARA INGRESO EN TODAS LAS MILITARES

PLAZA DE SAN MIGUEL, 8.—MADRID

En la última convocatoria ganaron sus alumnos 25 plazas entre todas las Academias, consiguiendo en la de Infantería mayor número que ninguna otra preparatoria.

FÁBRICA ESPECIAL DE CORONAS

PARA CORPORACIONES Y PARTICULARES

GUALTERIO KUHN

Cruz, 42, Madrid.
Exposición en 7 salones

Esta Exposición del decorado de flores artificiales expuesta en siete salones, compone hoy una de las curiosidades de Madrid, digna de ser visitada.

Esta casa ha sido distinguida con el nombramiento de Proveedor de las Reales Casas de España y de la de Portugal; de las Academias Militares de Toledo y de la de Administración Militar de Avila; del regimiento de Caballería Alfonso XII, de Ayuntamientos y Sociedades.

COMPañY, FOTÓGRAFO

Premiado en las Exposiciones de París de 1889 y Bruselas de 1890, con Medalla de oro.

MADRID—1, VISITACIÓN, 1—MADRID